

DE CELT A BREOGÁN: LAS LEYENDAS CELTAS DE RAMÓN CABANILLAS

*Traducción de Juan Renales Cortés e introducción de Mariano Martín
Rodríguez*

Cuando los anónimos autores y compiladores medievales irlandeses del *Lebor Gabála Éirenn* [*Libro de las invasiones de Irlanda*], que es una historia mítico-legendaria de su isla combinando recuerdos bíblicos con elucubraciones sobre las sucesivas emigraciones invasoras de pobladores a aquella tierra, seguramente estarían muy lejos de imaginar el uso que se habría de dar en Galicia a su atribución de una de las invasiones a una venganza por la muerte en Irlanda de un grupo de visitantes galaicos. Este grupo habría acudido allí tras haber divisado sus verdes orillas desde una torre construida por un rey llamado Breogán, supuesto fundador de la ciudad de Brigantium. Pese al carácter sobrenatural de tan sobrehumana visión a tantísima distancia y, por lo tanto, a la imposibilidad histórica en nuestro mundo primario y fenoménico de tal cosa, aquella historia o, más bien, tejido de leyendas encontró gran eco entre los nacionalistas gallegos decimonónicos que, como Benito Vicetto (1824-1878) o Manuel Murguía (1833-1923), deseaban encontrar para su región una clasificación étnica que la distinguiese de otras regiones españolas de religión también católica y habla asimismo románica. El

presunto parentesco así fundamentado con los irlandeses, entonces también muy activos en su nacionalismo, serviría para distinguir a los gallegos y fundar étnicamente su nacionalidad como si existiera desde la antigüedad más remota, muy anterior a la romanización y a la cristianización que habían determinado la cultura presente de Galicia. Esta fantasía histórica celtista ha sido refutada de sobra y aquí tan solo nos interesa por las consecuencias literarias que tuvo, especialmente en relación con la amplia producción de leyendas paganas que conoció el siglo XIX en toda la península ibérica, así como en el resto de Europa, a la búsqueda de antecedentes étnicos anteriores a la universalización uniformadora que la expansión del cristianismo había supuesto en aquel continente. Esas leyendas tenían a menudo su origen en fantasías históricas eruditas análogas a las de aquel libro irlandés, entre la Edad Media y el Siglo de las Luces, las cuales consistían a menudo en la narración de mitos como si fueran historias reales, previa evemerización más o menos intensa de los héroes míticos en caso necesario.

En los territorios de la antigua Hispania romana destaca al respecto la materia de

Cantabria, que sirvió a los vascos peninsulares para constituir en el siglo XIX un acervo legendario que se tradujo en obras tan interesantes como *Lelo kantzoa* [*El canto de Lelo*] (1886), de Juan Venancio de Araquistáin (1828-1906). Más importante cultivo literario tuvo la materia de Hércules, el semidiós cuyas hazañas se habrían producido en parte en la península ibérica, tal y como cantó en catalán Jacint Verdaguer (1845-1902) en su epopeya *L'Atlàntida* [*La Atlántida*] (1877) y en portugués Teófilo Braga (1843-1924) en su «Crisaor» [Crisaor], intercalado en su novela epohistórica *Viriato* [Viriato] (1904). A esas dos materias legendarias, la primera autóctona y la segunda perteneciente al inmenso universo ficticio de los mitos de la antigua Grecia, se sumó en Galicia la materia pagana céltica insular. Sus primeras manifestaciones se enmarcan en un osianismo tardío. Los poemas en prosa de Ossian, supuestamente traducidos al inglés por su creador James Macpherson (1736-1796), pusieron de moda un romántico bardismo celta cuya manifiesta falsedad no impidió que fueran muy imitados en Europa durante más de un siglo, por ejemplo, en castellano por José de Espronceda (1808-1842) en su poema narrativo «Óscar y Malvina» (1837), recogido en sus *Poesías* (1840). Primero en esa misma lengua y después en gallego, Eduardo Pondal (1835-1917) renovó el osianismo internacional al ligarlo a una empresa de exaltación nacionalista, con la originalidad añadida de hacerlo en forma de himnos y poesías de carácter mucho más lírico que narrativo en libros fundamentales para su nacionalidad como *Queixumes dos pinos* [*Rumores de los pinos*] (1886), de donde

procede el actual himno oficial de Galicia. Otras muestras poéticas del celtismo nacionalista gallego de aquel período también evitan lo narrativo, como es el caso de una profecía más bien prosaica y vulgar del bardo Boicentril en el poema del mismo título publicado en 1912 por Francisco Tettamancy (1854-1921). Pese a esta potente tendencia lírica en el tratamiento de esta materia legendaria pagana aclimatada como propia en Galicia, tal materia acabó por tener también allí una importante manifestación épica tardía, gracias a los esfuerzos de uno de los grandes poetas gallegos, Ramón Cabanillas (1876-1959¹).

Por la misma época en que produjo las magistrales miniepopéyas artúricas recogidas en *Na noite estrelecida* [En la noche llena de estrellas] (1926), Cabanillas escribió otras que representan una de las expresiones literarias modernas más logradas de la materia de las invasiones de Irlanda fuera de aquel país. La primera de ellas cronológicamente es tal vez la más original, ya que supone una ampliación de esa materia mediante la creación de un nuevo mito relacionado más estrechamente con Galicia y el resto de la península ibérica, y que vincula su pasado mítico con las gestas históricas de los héroes peninsulares modernos, entre ellos principalmente Cristóbal Colón. De hecho, esa primera epopeya breve se tituló «Colón» en su primera edición en prensa en 1924, antes de que el autor cambiara su título a «O fillo de Celt» [*El hijo de Celt*] al recogerlo en su libro *Camiños no tempo* [Caminos en el tiempo] (1949)². Ambos títulos se ajustan al contenido del poema, pues este se divide en dos partes de extensión semejante. El primer título

¹ Excepcionalmente, y gracias a la generosa autorización de la nieta del poeta, D.^a Aurora Vidal Cabanillas, y a las gestiones del eminente profesor don Francisco Fernández Rei, se publica a continuación una traducción de un escritor fallecido después de 1950, pero cuya obra representa un hito en su género de ficción antes de aquella fecha y sirve de complemento imprescindible a las fantasías legendarias ibéricas de Teófilo Braga y Juan Venancio de Araquistáin también publicadas en el presente número de *Hélíce*.

² La traducción que sigue se basa en la edición crítica siguiente: Ramón Cabanillas, «O fillo de Celt», *Poesía galega completa*, edición de Xosé María Dobarro e Xosé Ramón Pena, Vigo, Edicions Xerais de Galicia, 2009, pp. 443-449.

daba mayor protagonista a Colón, a quien Cabanillas atribuye etnia celta. Es el héroe del que, tras una descripción laudatoria de la vida en la costa gallega, con sus pescadores y marineros que recorrían los mares de la Europa atlántica y singladuras hasta Irlanda, el personaje alegórico de la Saudade profetiza será aquel que surcará hacia el oeste el mar tenebroso hasta ligar de nuevo las tierras a ambas orillas del océano. Esas tierras estaban antes unidas. El mito de su apertura había sido el objeto de la primera parte del poema, de carácter más narrativo, protagonizada por el supuesto antepasado de Colón, un héroe llamado Celt, cuyo nombre remite claramente a la etnia de que se trata, pero que no parece ser un héroe patrimonial de sus mitos. Desde este punto de vista, el autor no reescribió ni amplió la materia legendaria adoptada, sino que más bien procedió a una *mitopoiesis* o subcreación en el sentido tolkieniano, aunque no llegue a configurar un mundo secundario integral de tipo épico-fantástico propiamente dicho. Aun así, si bien «O fillo de Celt» es una fantasía legendaria que parte de lo celta, su narración es más original en cuanto a su contenido que la dedicada por Verdaguer a Hércules como protagonista de la trama mítica de *L'Atlàntida*, obra que Cabanillas pudo haber tenido presente, si consideramos los indudables paralelismos que presentan los dos poemas, el catalán y el gallego. Lo mítico y legendario pagano sirve en ambos para ensalzar la persona del joven Colón como la persona providencial que permitirá salvar el obstáculo atlántico abierto a raíz de las gestas geológicas sobrenaturales de Hércules y Celt, respectivamente. Esta semejanza tiene, no obstante, un alcance limitado. Verdaguer no se alejó demasiado de sus fuentes antiguas, que combinó creativamente. En cambio, Cabanillas parece haber inventado la mayor parte del universo ficticio de Celt, aunque disciplinando su fantasía con una base arqueológica que entonces aún se consideraba

científica. Se trataba de las teorías difusionistas que explicaban la protohistoria especulada y la distribución étnica correspondiente por medio de migraciones de pueblos, a la manera de las grandes invasiones que acompañaron y sucedieron a la disolución del imperio romano. Estas teorías encontraron cierto eco literario en la península ibérica hasta bien entrado el siglo XX, en forma de historias legendarias, en verso o en prosa, aunque siempre en un registro épico, de varios de sus pueblos prerromanos, tales como los lusos, según la «Epopèia da Lusònia» [*Epopèia de Lusonia*] incluida por Teófilo Braga en *Viriato* (1904), o «Els íbers» [Los iberos], poema intercalado como pieza independiente por Joan Baptista Xuriguera (1908-1987) en su historia en verso *Indíbil i Mandoni* [Indíbil y Mandonio] (1955). Cabanillas partió de esas teorías, pero no abrazó el mecánico positivismo algo racista que denotan aquellos dos ejemplos. Su planteamiento era mítico, no pretendidamente histórico.

La tribu innominada dirigida por Celt, cuyo nombre indica que se trata de los celtas al igual que la alusión a los druidas, se dirige hacia occidente, siguiendo el sol, en busca de una tierra de luz y claridad en la que asentarse de forma definitiva. Su camino se describe apelando a escenas e imágenes selectas que bastan para sugerir tanto lo dificultoso de la empresa como la fuerza de convicción religiosa que lleva a la tribu a asumirla, pese a que el sol, cuya cuna anhelaban, siempre quedaba en la lejanía del poniente. Su caudillo, ya anciano, decide poner fin al camino. Están en Galicia y en esa tierra que presenta como morada de la Saudade habrán de permanecer. Para que no puedan continuar hacia el sol, Celt hincó su espada en el suelo y desencadena así un grandioso fenómeno de deriva continental que tal vez supera en grandeza y eficaz concisión a los pasajes análogos de *L'Atlàntida* de Verdaguer, salvadas las distancias que entraña el empleo por cada uno de los poetas,

el catalán y el gallego, de procedimientos estilísticos propios de cada época. Cabanillas es un claro heredero de las concepciones épicas decimonónicas que se articulan en torno a la miniepopéya (*petite épopée*, en francés, la lengua literaria principal en aquel período), pero es clara también su tendencia a una mayor sobriedad retórica, así como a un realismo centrado en detalles representativos estilizados que sirven paradójicamente para intensificar la expresividad y verosimilitud de la atmósfera mítica subcreada.

Unas cualidades de escritura semejantes pueden observarse en su segundo tratamiento épico de lo céltico antiguo, el poema titulado «O relembro do clan» [*El recuerdo del clan*] (1931)³, también recogido en *Camiños no tempo*. Su asunto es menos original que el de «O fillo de Celt», pues Cabanillas ofrece una versión fiel en líneas generales a la leyenda irlandesa de Breogán según el *Lebor Gabála Éirenn*, aunque la simplifica al centrarla enteramente en la figura de aquel héroe. Es él quien no solo construye la torre, sino el que también divisa la isla verde y quien acude con sus hombres a ella. También elimina cualquier enfrentamiento. Irlanda es, para Cabanillas, un verdadero edén racial, un «paraíso céltico» [paraíso céltico] de ríos cristalinos, campos verdes y dulzura en general, una isla milagrosa donde Breogán sería feliz si no lo desasosegara la nostalgia de la tierra natal, esa Galicia cuya raza es presa de la Saudade. Es este sentimiento lo que lo hace regresar allá, dando así fin a la aventura de una felicidad a su alcance, pero que no puede disfrutar lejos de su tierra. De

este modo, Cabanillas nacionaliza la materia legendaria irlandesa imbuyéndole un lirismo que ya no es el vaporosamente romántico del osianismo bárdico pondaliano, sino el de un poeta nacional que aprovecha bellamente un concepto íntimamente ligado a las regiones de su área étnica, tanto al norte como al sur del Miño. Afortunadamente, tal sentimiento es comprensible por cualquier persona de cualquier etnia o civilización, aunque carezcan de un término tan específico y difícil de traducir como el de *saudade*. La nostalgia del propio país abandonado es algo universal. Si a ello añadimos que uno y otro poema prescinden de todo belicismo e incluso de toda rivalidad o conflictos con otros pueblos, podemos afirmar que lo nacional en ellos no es humanamente reductor, ni tampoco perturba el disfrute contemporáneo de su gran belleza poética, puesta al servicio de una concisa y eficaz narrativa. Sus héroes no son antagonistas de otros, ni vehiculan maniqueísmo moral alguno, pero no por eso dejan de presentar un excelso vigor épico. Quizá sea lástima que Cabanillas no encontrara en su época esa simpatía por el género de la epopeya, una simpatía que era común antes de que la poesía se autoimpusiera la limitación del lirismo exclusivo y obligatorio y lo épico tuviera que refugiarse en la fantasía llamada justamente épica. Por fortuna, la creciente mejor consideración actual de este último género de ficción servirá quizá para que apreciemos también mejor otros géneros que le son afines como el de la fantasía legendaria, dentro del cual estas dos miniepopéyas de Cabanillas brillan con luz propia.

³ La traducción que sigue se basa en la edición crítica antes indicada: Ramón Cabanillas, «O relembro do clan», *Poesía galega completa, op. cit.*, pp. 437-438.

EL HIJO DE CELT

La tribu iba en busca de una lejana tierra que había soñado, en la que no había sombra ni oscuridad, donde la luz era eternamente clara, limpia, dulce y serena.

Todos los días, con los primeros rayos de la suave amanecida, dejaba las tiendas la vagante grey, y con una tristeza lírica, tejida de esperanzas y suspiros, rezaba con saudade, encendida en el ardimiento de su sueño, por el hallazgo de la tierra luminosa donde encontrar acariciador abrigo, blando reposo y cariñoso asiento.

Al mando del gran Celt, los guerreros del clan en descubierta, y sin apurarse los viejos, los niños, las mujeres y el ganado, siguiendo al sol en su ruta cierta, rompiendo por matorrales vírgenes, sin caminos, las almas encendidas, en los labios las canciones de los adivinos y de los bardos druidas, la tribu iba avanzando despacio hasta que la luz moría al occidente.

¡Siempre en la nueva, incierta lejanía, el sol cobrizo y la tierra anhelada! Pero cada día, con viva y nueva esperanza, ¡la tribu caminaba... caminaba...!

Jornada tras jornada, una tibia mañana de primavera, la tribu miró por vez primera (pasmada, palpitante, rebosantes los pechos de alegría) la tierra bienamada que, siglos después, se llamó Galicia.

Y Celt, el gran Celt, dueño y señor del pueblo viajero y peregrino, viejo de edad y cansado de trabajos, se hizo levantar su trono a la sombra espesa de un esbelto roble.

Quiere tronchar el duro sino de la Raza; y en un grito doliente, a la celénica gente que arrodillada bulle a su alrededor, rebelado contra el cielo y los dioses, imponiéndose al Destino, habla erguido:

—¡Nunca será alcanzada la cuna del sol! ¡La Luna tiene que daros su hechizo nostálgico y embrujado, y será vuestra la niebla que encierra en su seno sombrío a la Saudade! ¡Esta es vuestra Tierra!

Temblando, Celt bajó de su asiento y desnudando la antigua, milagrosa espada, forjada en el círculo astral de un dolmen de conjuro por las manos de un lejano antepasado, con brazo fuerte y duro, hasta la cruz de la forjada empuñadura la hundió en el suelo.

Se levantó un viento que abatió los bosques frágiles con estruendo y la tierra horadada en su centro más quebradizo se hendió y separó a lo largo.

Por el hueco, brotó el mar rugiente lanzando al cielo ingente e inmenso caño tormentoso, rabioso, arrollador, que bramando cayó en la abierta grieta.

La tierra virgen, por demás hermosa, todavía ignorada por la tribu celénica, ceñida en torno por albas espumas, quedó errante en las aguas hirvientes, y encaminada cara al sol muriente se alejó lentamente mar adentro.

Los siglos se llevaron la memoria del hecho milagroso. La Humanidad (sangre, barro, dolor, oscuridad) vivía bien: vivía sin Historia.

Nieto de los nietos del gran Celt, un día, en la ribera del Lérez, el río sagrado, otea la lejanía del alto mar, con el alma viajera en un ensueño, un garrido joven de mirar sereno, que en la inquietud de un extraño arrobo ve lucir las estrellas de otro cielo y sueña con los hermanos de un mundo nuevo.

La tarde se desvaía. Manso viento rizaba el claro espejo de la azulada ría encendida en una luz de encantamiento.

De la Punta de los Burases a la Barrera del Borrón, en los muelles, en las playas y arenales de la Moureira, seguro atraque de naves ancladas, la linda Helenes, la gentil ciudad querida de los de la Hélade y el Lacio, nueva hermana en belleza y majestad de las que vio levantar el sagrado Pindo, estremecida de la fiebre del trabajo y risueña, luciendo sus marinos tesoros, parece, rebullendo, un zumbador enjambre de abejorros.

Los bajeles airosos y las pinazas ganan el puerto con las blancas alas de las largas velas abiertas. En bolina llega la fusta de Pedro de Tavares, la de la quilla ligera, avizorador de los tormentosos mares; y de los caladeros de Adina, Cantoarena y Samieira vienen tras él las dornas pescadoras, hendiendo el mar con las afiladas proas, bullendo la sardina en el pañol.

Huyó la luz volando de monte en monte, se apagaron los colores del celaje y cabalgó la noche en la lontananza.

De vuelta de un viaje por los mares de Irlanda (dieciocho remeros cada banda, todos treinta y seis de su linaje), echa los rizados junto al antiguo puente, entre la bulla de la gente clamorosa, el navío velero que comanda Domingo Fonterosa.

Atracadas en el puerto están las naves de Pedro de Boán, de Xan de Soto, de Amaro de Amarante el de Montaos, el arriscado piloto que ha visto la vieja Europa de punta a punta; y erguido sobre la popa el pendón marinero, los remos al compás de un dulce canto, gana el puerto el último trincado: es Xan de Neto, el maestro atalayero, el vicario más fiel del «Cuerpo Santo».

A la claridad de la luna la ciudad sosiega. Y allá, en medio de la ría silenciosa, se encendió brillando el farol de proa de «La Gallega», la carabela sacra y misteriosa que un día verá tierra allende el mar.

El joven que oteaba los caminos del mar en la lejanía, arrodillado de dolor lloraba honda y secreta pena, cuando, a la tenue claridad de la noche, embebecido en el cielo, escucha la voz de la Saudade:

—¡Tú eres, Tú, el ungido y el elegido!
El Mar de las Tinieblas, largo y tormentoso,
abierto y libre está: ¡tu milagroso sueño ha de ser hecho glorioso!
Lo que Celt desató contra el Destino, poniendo por vallado el hondo mar,
siguiendo siempre al sol en su camino, Colón,
hijo de Celt, lo habrá de atar!

EL RECUERDO DEL CLAN

¡Oh, suave ilusión céltica, la de la inmortalidad! ¡Oh, raza prisionera de la divina Saudade! Breogán, padre de los pueblos, el de las míticas velas enfiladas a la ignota, marina inmensidad, tenía el desazonador afán de contar las estrellas.

Con la sed de infinito que le requemaba el pecho, en la costa brigantina, sobre un roquedal, levantó una torre de piedra. Desde la torre seguía, cuando, sereno y limpio, el cielo se cubría de estrellas, el ir y venir de los mundos a la voz del gran Theut.

Una noche en que los astros de luz dorada y rosa quedaron desvaídos a la claridad de la luna, esmeralda en el seno de nieve de una diosa, vio surgir una isla incierta, vagarosa, donde el cielo besaba la línea azul del mar.

El nieto de Ith, juntando las naves que comanda, encastilló en las proas la lucerna del

más allá y salió, mar adelante, hasta llegar a Irlanda. Y cruzó la isla misteriosa de banda a banda, ciñendo una corona más fúlgida en su sien.

La espada centelleante tendió los puentes sacros del paraíso céltico. En los claros horizontes retozó la luz riendo. Los verdecientes campos, los ríos cristalinos, los encrestados montes henchían de dulzura la isla de los milagros.

Pero, a poco, Breogán desmayó de desasosiego. Soñando con el cariño del clan hermoso y cálido y las estelas que había abierto en la inmensidad del mar, hizo resonar a los vientos el druídico cuerno y, aparejando las naves, ordenó el retorno a las playas de Brigancia, ¡forzado por la Saudade!